El Escritor y la Política

UN escritor en la política activa es un fenómeno que siempre va aparejado de circunstancias desagradables. La política requiere formas especiales, condiciones igualmente especiales y un sentido de la realidad de que el escritor carece. Esta realidad no es la realidad común, sino una realidad formada por el propio político para actuar desventadamente en ella. El político se mofa un poco del escritor, lo juzga como si fuera un cándido y puede derrotarlo fácilmente en esas agrupaciones en que la victoria no es resultado de una coordinación lógica y superior, sino el fruto de pequeñas intrigas o desviaciones de la lealtad en que son fértiles los mangoneadores habituales. El escritor procede generalmente de buena fe; supone en los otros una cultura general parecida a la suya y desenvuelve sus esquemas abstractos de acuerdo con esa posibilidad, que se encuentra sólo en la excepción. La sensibilidad del escritor, su facilidad de captación de los matices, el dominio de formas elevadas de cultura que provienen de la diversidad de sus lecturas, el hábito del análisis continuo de la realidad, el escepticismo, la negación de todo lo que no sea un valor espiritual, contraponen al escritor frente al político y forman dos naturalezas destinadas a la beligerancia continua. Esta beligerancia no se exterioriza por luchas, sino en un secreto rencor, en una sorda divergencia que no siempre es visible. A lo sumo el político dice del escritor que es un ingenuo que vive en la luna, "un literato"—así entre comillas, en el subrayado de la voz—y el escritor dice del político que es un ser vulgar, un materialista o un profitador, sólo atento a la pitanza, a la prebenda o a la negociación.

El escritor tiene por la naturaleza de su función de manejar ideas o cuando no puede manejarlas, por el manejo de las observaciones y del análisis, un juicio de sí mismo, que en ocasiones toma los caracteres de la más desagradable petulancia. El amor propio, cuando es exagerado, se convierte en la egolatría absurda y un ególatra es siempre un personaje que en países propensos a la burla y al sarcasmo está siempre a un paso de ser colocado en lamentable evidencia. La política maneja realidades inmediatas, se mueve entre seres de precaria condición espiritual, a los cuales debe ganarse no con ideas o con abstracciones, sino con favores concretos. El idealista—se llama también al hombre de letras un idealista cándido—no puede ofrecer cosas prácticas, sino caminos para llegar a una transformación social que permita lograr esas realizaciones concretas. El político sudamericano tiene esta ventaja sobre el escritor. Lo sobrepasa en la medida de su capacidad práctica, en el manejo de ciertas formas brillantes y superficiales, que son del agrado de las colectividades. El lenguaje del escritor,

que, a pesar de ser todo lo elocuente que se quiera, deja una impresión de insatisfacción en la masa, es el lenguaje de un ser que planea siempre en otra atmósfera y está siempre propenso a creer que sus oyentes poseen los mismos o parecidos conocimientos por él adquiridos.

El individualismo del escritor es también una dificultad para la disciplina, que es la base de toda agrupación política. El espíritu gregario de las colectividades no está de acuerdo con la naturaleza independiente del escritor y así, cuando puede ocurrir que el escritor somete su temperamento al de las mayorías que ordenan, no es tal fenómeno sino una circunstancia transitoria, que luego desaparece sacrificada por el orgullo que le hace recuperar su independencia. El hábito de analizar lo que se mueve en torno y la evidencia de que esa mayoría no está formada por elementos tan capacitados como él, acaban por quebrantar su fe. A esto debemos agregar otra circunstancia penosa: la seguridad para él de que todos o gran parte de los que componen esas mayorías, no se mueven en homenaje a altos ideales, sino simplemente por realidades subalternas, por ambiciones de poca cuantía.

La posición del escritor es otra. Y ya hemos insistido en otras oportunidades en este mismo concepto. No se debe confundir el problema, como se ha hecho deliberadamente, haciendo creer que el escritor debe actuar en la política activa. Si el escritor siente la naturaleza de los problemas que suscita la realidad en forma diversa de como los siente el esteta puro, no creemos que deba ir a mezclarse en la lucha política para hacer conocer su pensamiento o lo que importa deba ser conocido. Su papel consiste en mostrar los problemas, en agitar las conciencias, revelando lo que la ceguera colectiva no alcanza a distinguir. El examen de la realidad no supone inmersión en la política. ¿Por qué exigirle que vaya a luchar desde trincheras en las cuales no se le otorga jerarquía alguna? Zola no necesitó militar en un partido para mostrar la lepra de ciertas formas de la realidad francesa. Igual cosa le ocurrió a Dos- toiewski, a Tolstoi, a Blasco Ibáñez, a Ibsen, para no citar sino unos pocos. El escritor debe estar en situación de defender lo máspreciado de la vida, la libertad y la cultura. Eso es lo grande. Cuando el escritor, por un fenómeno de óptica errónea, va a luchar en las asambleas o forma parte de grupos exclusivamente políticos, pronto advierte su error. Se le usa, se le aprovecha y se le arroja luego como un resto inútil. La opinión que lo ha visto luchar olvida pronto sus sacrificios y le abandona, sin comprender cuánta amargura envuelve el hecho de servir a quienes ni saben valorizarlo, ni pueden tener sus mismos ideales de cultura y de liberación de la personalidad humana, en la dignificación y superación del ideal de ser hombres en todo momento, en lucha contra las injusticias y contra los que explotan la buena fe de los débiles y de los indefensos.

De *Atenea*. Concepción, Chile.